

# El primer César López

**N**O PUEDO DECIR QUE NO HA PASADO EL TIEMPO. HA pasado, pues, el tiempo; pero ha pasado en vano para César López y para mí mismo. Por lo tanto no ha pasado el tiempo para ninguno de los dos y nos hallamos en el pasillo de azulejos verdes de la primera planta de la facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Complutense de Madrid esperando que llegue, puntualísimamente, el doctor Sánchez Cantón, con sus diapositivas que contienen, en el aula a oscuras, todo el Museo del Prado. No se puede decir que César López y yo estemos solos, hay unos ciento cincuenta estudiantes más de ambos sexos que aún no conocemos. Éste es el presente histórico que todavía resplandece en su redonda integridad en el vano del tiempo indicativo. Yo sé que los jóvenes lectores de hoy en día que leen estas líneas, alzan ahora sus gafas bifocales, se ajustan sus lentillas y dicen entre sí: Dios, qué sosos son, qué sosos eran, tuvo que ser todo muy soso entonces si fue tal como lo cuenta ahora. Las jóvenes bestias siempre se equivocan.

Recuerdo que me acerqué a César López para verle de cerca y para hablarle, porque me pareció exótico. Era muy exótico en Madrid aquel chico cubano de alto pelo negro, sotabarba negra, negros ojos de aceite y piel aceitunada. En aquel seco y brillante octubre madrileño, mi primer octubre universitario, César López era la viva imagen del inmenso mundo exterior, infaliblemente verdadero, perfecto e inabarcable de un vistazo. También César López era inabarcable de un vistazo. Todo lo aceitunado y lo amable y lo variable y lo oceánico, todas las lenguas vivas que sabía y la medicina que acababa y la literatura que llevaba dentro se hallaban ahí a un paso, ante mis admirados ojos. En España en aquel tiempo los acentos de América resultaban mucho más inauditos que ahora, incluso para mí que acababa de leer los dos ensayos de José María Valverde sobre César Vallejo y que recitaba sus versos con acento santanderino. El acento de César López entonces daba a su voz, casi tan afónica y tenue como ahora, la vibración de lo nunca

*Á l v a r o P o m b o*

oído, lo más profundamente nuevo de aquella mañana de octubre. La novedad de aquellos largos versos suyos de los libros aún no publicados, *Manos de un caminante*, *Silencio en voz de muerte*, *Segundo libro de la ciudad*.

Recuerdo la primera tarde en la estrecha habitación del piso de Señores de Luzón. Y recuerdo que César me leyó, en inglés primero y después en castellano un poema de T. S. Eliot, titulado «Aunt Helen». Este poema forma parte de *Prufrock*. Es toda una sensibilidad poética, pero también narrativa. Es la misma ironía y la misma compasión que, al cabo de los años, reaparece en *Quiebra de la perfección* o en *Tercer libro de la ciudad*. Con César López aprendí aquella tarde a sopesar las influencias de unos textos en otros, de unos poetas en otros. Y así ahora, esta mañana de jueves Santo de abril del año dos mil releo el poema que empieza: *si despertara podría sin duda contemplar muchas cosas, / objetos ignorados, tenue delicadeza en los colores*. Y me parece que descubro al Eliot caribeño que siempre veía yo asomar en el César López de mi primer año universitario en Madrid.

Tiene razón César López en este friolento mediodía de abril del año dos mil, el nuevo milenio sesentón de los dos: tiene toda la razón al decir: *el tamaño verdadero del jardín no tiene importancia alguna, / ni el empalagoso aroma de los jazmines nocturnos y el rojo / de las flores de pascua que aparecen desde el inicio / de la supuesta temporada invernal*. Tiene razón porque el verdadero tamaño del jardín se construye en la irrealidad. Y esto no quiere decir que carezca de poderío real la visión del poeta. Quiere decir sólo que su poderío es constituyente, un resultado más bien que un dato de la naturaleza cuando el poeta invoca, *los bancos de maderas oscuras, los balances azules y el agua que esparciéndose reconfortaba hojitas aromáticas, claveles y rosales* imprime al mundo un acento inabarcable que es el acento de aquel César López de hace casi medio siglo que yo era incapaz de abarcar de un vistazo. Sigo siendo incapaz de abarcar o de contar a César López de un vistazo: lo que puedo hacer ahora, lo que hago ahora es recorrer una vez más sus versos y entonces comprendo que gracias a la bien timbrada voz cubana del poeta: *es necesario reabrir las dulcerías, las casas de cita, / organizar de nuevo procesiones, rifas, rogativas y despojos. / La misa de difuntos, las campanas y el mambo / los mercados repletos de frutas y mariscos*. Porque tuyo, oh poeta, oh César López, es el reino, tuyo es el poder y la gloria, las tarjeticas, ponencias e identificaciones. Sin ti no es nada la ciudad, ni nosotros tampoco. Tuyo, oh gran César López, es este múltiple mundo humano que nos abandona y nos regocija y que por fin nos acogerá en su seno. El resto —como tú dices— te será dado por añadidura.